

El futuro de la historia: perspectivas de la parahistoria, la ética y nuestra relación con el pasado (entrevista con Kalle Pihlainen)

CHRISTIAN PALOCZ

European Graduate School (EGS)

Saas Fee

Suiza

Correo: cpalocz@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0683-0262>

DOI: 10.48102/hyg.vi66.621

Traducción de Martha Celis Mendoza

Revisión de la traducción: Aurelia Valero Pie

RESUMEN:

En esta entrevista que Christian Palocz le hace a Kalle Pihlainen se examinan cuestiones centrales para la teoría y la filosofía de la historia, con especial atención en los enfoques constructivista y posmoderno. En este diálogo se explora el estatus de la historia como disciplina, su relación con la objetividad, así como las implicaciones de la construcción narrativa para la comprensión histórica. A partir de figuras como Nietzsche, Hayden White y Derrida, Pihlainen reflexiona sobre los retos epistemológicos y éticos del perspectivismo, además de discutir la tensión entre la fase de investigación empírica y la naturaleza interpretativa de la escritura histórica. En la conversación también se consideran los papeles políticos y normativos de la historiografía, así como su interrelación con la “parahistoria”, entendida aquí como las formas dominantes, no académicas, en las cuales las sociedades recuerdan y representan el pasado. De este modo, se cuestiona si la historia constituye un campo coherente con un objeto o un método estables, y cómo debe entenderse su valor en relación con las demás disciplinas. A lo largo de la entrevista se presenta un panorama accesible de los compromisos teóricos y filosóficos de Pihlainen junto con una reflexión más amplia sobre el papel de la historia, su práctica y su futuro.

Palabras clave: filosofía de la historia; constructivismo; historiografía; teoría narrativa; parahistoria; perspectivismo.

CHRISTIAN PALOCZ: Kalle, me da muchísimo gusto continuar nuestras conversaciones. Vuelvo una y otra vez a tus trabajos, a los artículos, por supuesto, pero últimamente me he sumergido de nuevo en tus libros en particular. *The Work of History*, por ejemplo... de verdad nos obliga a lidiar con la tensión entre el trabajo teórico tan riguroso que se ha dado desde White, todo el giro constructivista, y la manera en que los historiadores de hecho... bueno, *hacen* la historia día con día, en especial cuando se enfrentan a las alternativas literarias que implica la escritura.⁸ Esto plantea muchas preguntas acerca de ese puente entre la teoría y la práctica. Y luego, al leer *Historia fallida* en paralelo, pareciera que esa obra casi radicaliza la crítica, ¿no crees? Nos lleva a cuestionarnos incluso nuestro “sentido común” más elemental acerca del pasado, y quizá a preguntarnos si necesitamos ir más allá de los debates habituales acerca de la representación para pensar en el papel crítico de la historia en la actualidad o incluso en otras maneras de relacionarnos con lo que ha ocurrido.⁹ Es un trabajo que de verdad pone en tela de juicio los presupuestos simplistas. Creo que esto me lleva de vuelta al punto de partida... La pregunta fundamental sobre qué *queremos decir* cuando hablamos de historia.

Kalle Pihlainen: Sí, ese es... un buen lugar para empezar. Quisiera tratar precisamente eso: la definición, el *valor*, incluso la ininterrumpida relevancia de la historia. Y sin duda plantea algunas ideas, digamos, difíciles, ideas que podrían modificar de modo fundamental cómo pensamos en todo este asunto de observar el pasado.

⁸ Kalle Pihlainen, *The Work of History: Constructivism and a Politics of the Past* (Routledge, 2017). Hay traducción española: *La obra de la historia. Constructivismo y política del pasado*, trad. Rodrigo Zamorano Muñoz (Palinodia, 2019) [N. de las E.].

⁹ Kalle Pihlainen, *Historia fallida* (Palinodia, 2023).

CP: Tu obra presenta posturas que pueden resultar, digámoslo así, provocativas. Una de estas ideas es el argumento que exploras... en el sentido de que quizá la historia no sea esencial de la manera en que por lo general suponemos. Que quizá la literatura o la filosofía pudieran ofrecernos... no sé, la misma posibilidad de comprensión.

KP: Claro. La línea de pensamiento que cuestiona si la historia en realidad tiene un valor de uso específico o inherente... El argumento es el siguiente: si lo que se está buscando es, por ejemplo, una comprensión profunda de la condición humana o tal vez orientación ética, una gran novela o un texto filosófico podrían ofrecer ese tipo de perspectiva con la misma eficacia, quizá incluso mayor, pero sin enredarse con fechas, hechos específicos o con las innumerables interpretaciones que los rodean. Keith Jenkins propone que “otros imaginarios” pueden ser al menos tan provechosos para orientarnos práctica y éticamente en el mundo...

CP: Y evitar la maraña de detalles históricos, quizá.

KP: Algo así. Aunque, naturalmente, los adalides de la historia insistirán en que basar las cosas en contextos concretos, en consecuencias reales, es justamente su fortaleza, pero ese es también el reto que se plantea.

CP: Y en relación con eso, esta idea que propones sobre el bagaje histórico. ¿Por qué a veces se considera el pasado como un obstáculo? Conlleva una carga bastante negativa.

KP: Puede ser, claro. Básicamente, si nos detenemos en las cuestiones más polémicas de la actualidad, como las disputas por las tierras o las discusiones sobre las reparaciones por injusticias del pasado... Con frecuencia la raíz del conflicto yace en agravios históricos, en interpretaciones radicalmente diferentes de acontecimientos y en heridas del pasado.

CP: Historias y recuerdos contrapuestos.

KP: Exactamente. Y este bagaje... el peso de esas injusticias pasadas, los resentimientos, las narrativas en conflicto... todo eso puede dificultar increíblemente encontrar soluciones prácticas en

el presente que miren hacia el futuro. Casi imposible, a veces. La gente se atrinchera en su postura histórica.

CP: Y al ceder sienten que están traicionando el pasado mismo.

KP: Exacto. Es como si el pasado mantuviera cautivo al presente en dichas situaciones.

CP: Tu libro también trata sobre la sugerencia de Hayden White... acerca de cómo la ficción podría promover una mejor comprensión entre las personas. Eso sin duda llamó mi atención.

KP: Sí, es un punto muy interesante, si bien tal vez contraintuitivo, con el que concuerdo y que he intentado desarrollar. White sugirió, aunque sin en realidad explorarlo a detalle, que recurrir a narrativas ficcionales puede de hecho ofrecer una perspectiva más amplia sobre diversas experiencias humanas, porque con frecuencia profundizan en las motivaciones y en la vida interior, algo que para la historia en ocasiones resulta difícil. Quizá lo logran con mayor eficacia que ciertos relatos históricos centrados, ya sabes, en acciones, acontecimientos, factores externos.¹⁰

CP: Lo cual nos lleva a preguntarnos: si la finalidad principal es comprender la complejidad humana, ¿es siempre más eficaz ceñirse de manera estricta a los hechos históricos?

KP: Sin duda plantea esa cuestión, ¿no es cierto? ¿La base factual es el elemento más importante para alcanzar ese objetivo en particular? Esto nos lleva, me parece, a un punto esencial: ¿el valor de la historia es meramente instrumental? ¿Nos estamos preguntando qué puede hacer por nosotros? ¿O hay acaso algo más... inherente?

CP: Vaya pregunta.

KP: Así es, y para no empezar sino a plantearnosla, necesitamos tener en claro qué estamos discutiendo cuando hablamos de “historia”.

¹⁰ Véase Hayden White, *The Practical Past* (Northwestern UP, 2014); véase también, Pihlainen, *Work of History*. Hay traducción española: Hayden White, *El pasado práctico* (Prometeo, 2018) [N de las E.].

CP: Cierto. El término en sí mismo es difícil de definir.

KP: Exacto. En inglés, “historia” puede significar el pasado en sí mismo, todo lo que ha ocurrido...

CP: Los acontecimientos en cuanto tales.

KP: ...pero también se refiere a la escritura académica *acerca* del pasado, la disciplina, los textos que producen los historiadores.

CP: Una diferencia fundamental. Por lo tanto, cuando los filósofos de la historia o los pensadores que, como tú, participan en estos debates, deliberan sobre su valor, ¿en cuál “historia” suelen centrarse?

KP: Por lo general el foco de atención recae en la escritura académica de la historia, en la práctica formal, el trabajo que producen los historiadores profesionales. Pero es fundamental recordar que las representaciones del pasado están presentes por doquier, en todos los niveles, ¿no es cierto? En las anécdotas familiares, las películas, los monumentos, la memoria pública...

CP: Toda esa esfera más amplia de relaciones con el pasado.

KP: Pues sí... Yo intento utilizar el término “parahistoria” para designar esa esfera más amplia.¹¹ Un concepto afín, “narrativas vernáculas” (*past-talk*), que Claire Norton y Mark Donnelly exploran en *Liberating Histories*,¹² por ejemplo, capta mucho de su sentido, pero no se distingue de la historia “propiaamente dicha”, que es lo que yo quiero hacer... Y los análisis filosóficos con frecuencia se concentran en esta versión académica formalizada. Cuando las

¹¹ Este es el tema de un libro de próxima publicación: Kalle Pihlainen, *Parahistory and the Popular Past: Acts of Historical Production* (Routledge, en prensa 2026).

¹² Claire Norton y Mark Donnelly, *Liberating Histories* (Routledge, 2018). Norton y Donnelly utilizan “past talk” y “vernacular histories” como términos casi equivalentes y los definen como “las representaciones y referencias centradas en el pasado que se producen y consumen como parte de un discurso más suelto, más allá de la *authoritas*. Dichos textos —entendidos en el sentido más amplio posible— no están sujetos a las mismas reglas que el género [histórico], pero tampoco se les reconoce el mismo estatus social; se les suele considerar como opiniones, no como conocimiento; como subjetivos, no como objetivos; como relatos, no como historias”. Norton y Donnelly, p. 14 [N. de las E.]

llamadas posturas posmodernas entran en la discusión, por lo general nos referimos a puntos de vista que cuestionan las grandes narrativas, y subrayamos cómo la interpretación y la perspectiva dan forma a esa historia académica.

CP: Ahora bien, tu obra a veces adopta una postura crítica frente a la historia académica al sugerir que su función primordial podría ser, bueno, la de reforzar las estructuras de poder existentes. Eso parece bastante radical.¹³

KP: Se trata de una tesis fuerte, sin duda asociada con ciertos pensadores posmodernos y posestructuralistas con cuyas ideas dialogo.

CP: ¿Y cuál es el argumento ahí?

KP: El argumento, en esencia, es que la *manera* en que las narrativas históricas se construyen —qué se incluye o se excluye, cómo se enmarcan los acontecimientos— puede servir para reforzar el statu quo, en ocasiones de forma inadvertida, pero en otras de manera muy deliberada. Al presentar una versión particular del pasado como *el* recuento objetivo y autorizado, la historia académica se usa para legitimar los acomodos políticos y sociales existentes.

CP: Y, ¿esto se relaciona con la manera en la que las narrativas sobre el pasado influyen en el comportamiento presente?

KP: Por supuesto. Las historias que se cuentan acerca de los orígenes a menudo funcionan como modelos, o incluso como advertencias. Dan forma a los valores, a la identidad colectiva, a los sentimientos de pertenencia, a nuestro sentido del bien y del mal... La historia, empleada de esta manera, se convierte en un instrumento... tal vez de socialización, pero también —quizá primordialmente— de control.

CP: Tu trabajo apunta a ciertos ejemplos muy crudos... narrativas contrapuestas en torno a Palestina, o a Tibet y China... la

¹³ Véase sobre todo el capítulo 3, “An End to Oppositional History?” en Pihlainen, *Work of History*, pp. 38–61.

noción de que los mismos hechos históricos puedan ser utilizados por distintos grupos para apoyar posturas totalmente opuestas. Es... impactante.

KP: Sí lo es. Y eso pone en evidencia la centralidad de la *selección* y la *interpretación* de los hechos. La historia académica puede sobresalir en la tarea de investigar, de descubrir las fuentes y de verificarlas...

CP: ¿La “fase de investigación”?

KP: Exacto; es una distinción que tomo tanto de White como de Jenkins, pero es una distinción que la mayoría de los comentaristas pasan por alto... Para poder ver los problemas es importante ... separar, al menos de manera heurística, la “fase de escritura” —en la que tanto ellos dos como yo mismo nos enfocamos más— de la “fase de investigación”. Esta consiste en la labor de establecer los pormenores de tipo factual. Y cuando llega el momento de escribir, de convertirlos en una historia coherente, asignar significados, determinar la relevancia... ahí es donde entran en juego las ideologías, los valores, los argumentos que uno desea presentar.

CP: Esto nos lleva de vuelta a una pregunta bastante inquietante: ¿la historia académica ofrece alguna utilidad más allá de reforzar, potencialmente, el control del Estado o las dinámicas de poder establecidas? ¿Hay alguna manera de que sirva más allá de esto, o no nos resta sino esa perspectiva crítica, quizá incluso cínica?

KP: Esa idea de que... la historia se puede convertir en un lastre, o solo en un instrumento del poder... bueno, se relaciona mucho con el pensamiento de Nietzsche, ¿no crees? Me parece que él era muy crítico de lo que consideraba una fijación malsana en el pasado, común en su época. Él sentía que podía ser incluso paralizante... dañina o contraproducente y limitante... para la “vida”, ¿cierto? Para la vitalidad del presente. Así que su estrategia fue, en realidad, muy radical. En lugar de empantanarse en argumentos metafísicos —un tema aparte—, cambió el enfoque por completo... y no solo en relación con la historia, sino con el co-

nocimiento y la verdad en general... Él fue uno de los “maestros de la sospecha”... Él observaba los efectos de la historia. Cómo se usa y cómo se abusa de ella... en particular en relación con personas que viven y actúan. Es por ello que su obra *Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida* es tan interesante... nos ayuda a pensar en las distintas maneras de relacionarnos con el pasado.

CP: Ciertamente, si nos enfocamos ahora en el efecto, en la “vida”, ahí habría una diferencia esencial. Entonces, si Nietzsche pensó que la historia en realidad nos frena, ¿qué podemos hacer?

KP: Para Nietzsche no hay un modo único de utilizar la historia. Describe tres formas distintas de relacionarnos con el pasado. En primer lugar, el modo anticuario... Lo rige la fascinación por el pasado en sí mismo. Un interés por los detalles, la extrañeza... la textura de los tiempos pasados. Casi como coleccionar objetos solo porque son antiguos y nos resultan extraños... Se les aprecia por su rareza.

CP: Una fascinación desvinculada de las preocupaciones actuales...

KP: Así es, exacto... Luego tenemos el modo monumental.

CP: Monumental. ¿Ese se conecta con los usos políticos, la justificación de las acciones presentes que mencionabas antes?

KP: Sí, en parte. Se concentra en acontecimientos importantes, grandes personajes, narrativas heroicas. Se enfoca en la inspiración, en las lecciones que nos dejaron los “grandes hombres” del pasado... con frecuencia para legitimar las aspiraciones o acciones actuales. Toma como ejemplo los mitos fundacionales de las naciones, ese tipo de cosas.

CP: La construcción de los héroes y de los momentos cruciales. ¿Y el tercero?

KP: Se trata del modo crítico. En él usamos el pasado de manera claramente presentista, con frecuencia con la intención de cuestionar o incluso de dismantelar las tradiciones, creencias o injusticias que nos rodean al exponer sus orígenes o sus fallas in-

herentes. En cierto sentido, consiste en emplear la historia para liberarnos del pasado, al menos en principio.¹⁴ En la misma línea que el tipo de historia emancipatoria que propugnan White o Jenkins, por ejemplo, y en épocas recientes, de manera más concreta, Norton y Donnelly en el libro que mencioné, *Liberating Histories*.¹⁵

CP: Anticuario, monumental y crítico.

KP: Y Nietzsche pareciera creer que una cultura o un individuo saludables necesitan operar con alguna combinación de los tres. Fundamentalmente, él encuentra una utilidad y un potencial empoderamiento en especial en los modos monumental y crítico...

CP: Y en este punto se agudiza el escepticismo frente a las pretensiones de objetividad pura de la historia, ¿no es cierto?

KP: Precisamente. Si usamos la historia y abusamos de ella de estas distintas maneras, para fines tan diversos, la noción de una historia única, neutral y objetiva se vuelve todavía más difícil de sostener.

CP: Esto nos lleva a lo que presentas como dos bandos opuestos en relación con la historia. ¿Nos puedes dar más detalles sobre esto?

KP: Claro, por supuesto... por una parte, hay quienes consideran que la historia es fundamentalmente perspectivista, inclusive relativista, lo que significa que nuestra comprensión del pasado se encuentra inevitablemente condicionada por nuestro punto de vista, nuestros valores, nuestra posición. No es que haya una Verdad singular acerca del pasado en espera de ser descubierta, sino más bien múltiples interpretaciones que son potencialmente válidas. Esta perspectiva se suele denominar, muchas veces de forma despectiva, “posmoderna”; yo prefiero llamarla “posestructura-

¹⁴ Friedrich Nietzsche, *On the Advantage and Disadvantage of History for Life*, traducción e introducción de Peter Preuss (Hackett Publishing Company, 1980 [1874]). [N. de la T.: La versión en español, traducción de Dionisio Garzón, lleva el título de *Sobre la utilidad y los perjuicios de la Historia para la vida*.]

¹⁵ Claire Norton y Mark Donnelly, *Liberating Histories*.

lista”. En realidad depende de en dónde y cómo entra en juego el significado.

CP: De acuerdo, ese es un bando. ¿Y el otro?

KP: El otro se presenta como una visión, digamos, más absolutista. Una que quizá insiste en un tipo de historia más fija y objetiva. Y al menos a mí me parece que lo hace, específicamente, con la intención de preservar las estructuras de poder existentes... —no es casual que la financien los gobiernos, ¿cierto?...— o incluso para apoyar una identidad nacional específica. Este bando tiende a tachar al otro de relativista, nihilista y demás... Demasiado radical... que menoscaba las “verdades establecidas” y los valores “necesarios”.

CP: Y esto se puede observar de manera muy clara en la actualidad, más allá de la academia, en el discurso político, en los debates públicos sobre los monumentos, los planes de estudio, en muchos casos...

KP: Por supuesto. Escuchamos a personas invocar hechos históricos y valores supuestamente inmutables, mientras que al mismo tiempo descalifican a otras por ser “posmodernas” o relativistas. Y cada vez más como “woke” en muchos de los mismos contextos... Es de verdad un espacio de controversia.

CP: ¿Hay alguna vía para mediar entre estas posturas? ¿Esa es la dirección deseable?

KP: Encontrar esa ruta... esa es la eterna pregunta, ¿no es cierto? ¿Cómo reconocer la perspectiva y la interpretación sin caer en un relativismo del tipo “todo se vale”, como dicen los detractores? ¿Cómo evitar un dogmatismo rígido y, al mismo tiempo, contar con ciertos estándares para valorar las pruebas y los argumentos? Es un verdadero acto de equilibrismo.

CP: Ahora bien, tus escritos profundizan en la postura posmodernista al distinguir entre la fase de investigación y la fase de escritura de la historia. ¿Por qué es importante esta distinción?

KP: Es crucial para entender la crítica de constructivistas como yo... Implica reconocer que los historiadores han tenido

una formación rigurosa en la fase de investigación: navegar por los archivos, verificar fuentes, establecer lo que en ocasiones se denomina enunciados de existencia singulares... en resumen, establecer hechos específicos, puntos factuales. Tal persona vivió. Tal acontecimiento ocurrió en esta fecha. Un documento señala tal cosa. Más allá de eso, la verdadera preocupación, o el enfoque, del constructivista, se centra en la fase de escritura y construcción.

CP: ¿Cuando esos hechos se convierten en una narrativa?

KP: Precisamente. Cuando se seleccionan y ordenan esos hechos individuales, cuando se impone un significado y se produce la narrativa... la interpretación, en realidad... el relato. Es ahí donde inevitablemente entran en juego la subjetividad, la perspectiva, en última instancia la valoración. Así pues, incluso si la escritura de la historia se asemeja a la ficción en un plano textual —al contar con personajes, trama, forma narrativa—, hay una diferencia fundamental en el proceso de construcción. Los hechos anteceden y restringen lo que se puede hacer, hasta cierto punto.

CP: Por supuesto. Incluso añadiría que la selección de los “hechos” ya es en sí un acto subjetivo...

KP: La diferencia fundamental radica en el compromiso profesional de los historiadores con la verdad de los hechos establecidos. No pueden simplemente inventar pruebas. No deberían ignorar los hechos que resultan inconvenientes para los propósitos de lo que están estudiando y sobre lo que están escribiendo. Este compromiso con las pruebas, al que trato de denominar “la promesa del historiador”, restringe con firmeza la escritura histórica. Limita las opciones narrativas en contraste con la ficción, pero además brinda a la historia un valor único para aquellos lectores que buscan un relato “real”, o al menos un intento de ello.

CP: Esto está relacionado con las diversas perspectivas sobre la fuente del significado. Tu obra contrasta la visión objetivista o empírica con la constructivista.

KP: Así es. Si exageramos un poco: se puede decir que el historiador empírico, más tradicional, opera bajo la creencia de que el

significado proviene en cierto modo de manera directa del estudio de los hechos, de “comprender” la realidad de la manera más precisa posible. Se piensa que los significados, la relevancia, residen *en* el pasado y están a la espera de ser encontrados.

CP: Luego, se descubre el significado.

KP: Mientras que la perspectiva constructivista o “posmoderna” que yo cultivo tiende a argumentar que el significado de ninguna manera radica *en* los hechos en sí mismos. Es algo que *imponemos* sobre ellos. Nosotros creamos el significado... lo inventamos.

CP: Nosotros lo construimos.

KP: Así es, lo construimos. Con base en nuestros intereses actuales, nuestros valores, las preguntas que nos interesan, el relato que queremos contar. Los hechos son la materia prima y el significado se deriva de la manera en que moldeamos e interpretamos esa materia prima. La distinción clásica entre forma y contenido...

CP: El ejemplo que presentas es muy iluminador: aunque tuviéramos toda la información acerca de un día particular en el pasado, cada mínimo suceso...

KP: Claro, la idea de Collingwood sobre contar con toda la información. O en otro experimento mental muy similar de Danto, el cronista ideal que puede transcribir todo...

CP: Pero ni aun así se lograría *encontrar* algo sobre el significado de ese día. El significado y la relevancia solo surgen con una pregunta, cuando se seleccionan ciertos hechos, se relacionan y se enmarcan dentro de una estructura narrativa o interpretativa más amplia.

KP: Exacto. Los datos brutos siguen siendo solamente datos. Es el acto interpretativo, guiado por la perspectiva, por el lenguaje, por la trama y los tropos —para emplear la terminología central de White—, lo que los transforma en historia significativa.

CP: En ese punto tu trabajo se desplaza a un territorio potencialmente controvertido, al trazar ciertos paralelismos, quizá tentativos, entre esas posturas filosóficas y las alineaciones políticas contemporáneas.

KP: Así es, me encauzo por ese camino, como hemos comentado en otras ocasiones. Y es importante subrayar que se trata de resonancias propuestas a modo de sugerencias, no de categorizaciones definitivas.

CP: Entiendo. ¿Cuáles son estas conexiones que sugieres?

KP: Bueno, la idea que planteo es la siguiente: es posible argumentar que el relativismo “posmoderno” o el perspectivismo se alinean, o por lo menos son más afines, con ciertos puntos de vista políticos que con frecuencia se denominan progresistas o “woke”, debido a que ponen el acento en las perspectivas múltiples y cuestionan las narrativas dominantes.

CP: De acuerdo. ¿Y el contraargumento?

KP: Y, por otro lado, la postura más objetivista o empiricista que, al apelar a hechos establecidos y quizá a valores más tradicionales, podría considerarse más afín a figuras más nacionalistas y conservadoras, quizá incluso a alguien como Jordan Peterson, que pone el énfasis en el orden y las estructuras existentes.

CP: Pero el argumento crucial sigue siendo que *ambas* partes emplean narrativas e interpretaciones, incluso quienes profesan la objetividad.

KP: Ese es el argumento fundamental desde la perspectiva crítica con la que concuerdo, así es. Como afirmaría alguien como Keith Jenkins, todos los relatos históricos son, en última instancia, una cuestión de perspectiva; son inventados, al fin y al cabo. El solo gesto de reivindicar la objetividad pura puede funcionar por sí mismo como una estrategia retórica, como un medio de afirmar la autoridad de una perspectiva específica por encima de otras. Sin embargo, no hay ningún fundamento último que justifique dicha autoridad. Por supuesto que, entre quienes se sitúan del lado empiricista, muchos lo reconocen hasta cierto punto, pero luego actúan como si no incidiera en lo que están haciendo... en la manera en que presentan sus interpretaciones y argumentos.

CP: De acuerdo. Esto parece conducirnos irremediablemente al complejo campo de la ética. Si todo es subjetivo, si el signifi-

cado se construye, ¿cómo se puede establecer algún marco ético? ¿Cómo se pueden juzgar las acciones pasadas, o cómo orientar las acciones presentes?

KP: Quizá ese sea el reto más significativo, e intento abordarlo en mi trabajo. Tiende un vínculo entre el pensamiento “posmoderno” en general, en particular el posestructuralismo a través de figuras como Derrida, con la fenomenología existencial y la ética.

CP: Existencialismo... ¿Sartre, Kierkegaard?

KP: Exactamente. Y aquí en especial con Sartre. El vínculo se establece por medio de la idea de Derrida acerca de la indecidibilidad. En un mundo carente de respuestas absolutas, reveladas por obra divina o demostrables de manera objetiva a los dilemas éticos, la carga ética recae de lleno sobre el individuo... quien debe elegir. Tomar una decisión, adoptar una postura y asumir la responsabilidad de esa elección, a sabiendas de que nada garantiza por completo estar en lo cierto. Es una línea sin solución de continuidad que va desde el existencialismo hasta el decisionismo.

CP: Entonces, la conducta ética no consiste tanto en seguir reglas como en el acto de elegir y aceptar la responsabilidad en condiciones de incertidumbre.

KP: Precisamente. Ese es el núcleo de esta postura ética en particular. Propone que la auténtica acción ética se da solo cuando los individuos se comprometen con la decisión y hacen por sí mismos una elección consciente, en lugar de solo adoptar a ciegas las reglas, el dogma o las tradiciones. Es una especie de ética consecuencialista, individualista en última instancia.

CP: Pero ¿qué motiva esa decisión?, ¿la justicia?, ¿la estética?, ¿el interés propio?, ¿la ausencia de valores inmutables?

KP: Ahí está el problema... La motivación proviene inevitablemente de la perspectiva individual. Se podría argumentar que el acto ético fundamental es simplemente la *decisión* de intentar comprometerse éticamente, de lidiar con la cuestión de la responsabilidad... de los valores, aun cuando siempre se carezca de certeza. Supone entonces una especie de salto kierkegaardiano,

un salto de fe... algo que Rorty también hace suyo, inspirado en Kierkegaard. Al elegir afirmar ciertos valores, como la justicia y la compasión, y actuar en consecuencia, convierte así esa misma decisión en el fundamento ético.

CP: Esto resuena con la noción socrática... la vida no examinada... Cada cual debe cuestionar y elegir.

KP: Ciertamente hay un eco. Pero una visión "posmoderna" propone que la ética no requiere un consenso universal en cuanto a creencias o a objetivos. Puede seguir siendo muy individual. Es la diferencia que a menudo se establece entre la ética y la moralidad.

CP: Pero ¿acaso no se corre con ello el riesgo de caer en un relativismo total? ¿Qué ocurre si la elección ética de un individuo resulta... digamos, peligrosa o aborrecible para los demás? Es ahí donde la cuestión de una estética de la vida se vuelve crucial: no solo qué elegimos sino cómo vivimos, el estilo, el cuidado y la coherencia con los que dotamos la existencia misma. La ética, entonces, no se trata solo de reglas o de consecuencias, sino de confeccionar una vida que exprese cierta belleza, armonía o integridad, lo cual me recuerda a Nietzsche e incluso a Foucault.

KP: Esa sigue siendo la preocupación recurrente: el espectro del relativismo. Si todos los valores son meras elecciones individuales, ¿cómo se puede entonces refutar o condenar nada?

CP: ¿Y cómo intenta tu obra plantear todo esto? ¿Invoca hechos morales?

KP: Sí, toca ese aspecto. La propia noción de hechos morales es objeto de acalorados debates. ¿Existen? ¿Son universales? ¿Dependen de la comunidad? ¿Son individuales? Los relativistas suelen rechazar por completo la noción de hechos morales sustanciales. Yo reflexiono sobre ese asunto. Me identifico más como perspectivista, ya que observo que los puntos de vista operan de manera simultánea en los planos individual, comunitario y cultural. Esto complica aún más el asunto, pero al mismo tiempo permite pensar los hechos morales desde un nivel mínimo, como determinados por la sociedad y el discurso, lo que a su vez posibi-

lita adoptar hacia ellos una postura pragmática

CP: De esta manera nos enredamos también en debates sobre el realismo frente al antirrealismo.

KP: Así es. Y el mero intento de elaborar una ética corre el riesgo de objetificarla, de reducirla a un sistema más, lo cual contradice el énfasis en la elección individual frente a la indecidibilidad... y ese tipo de actitud decisionista.

CP: También trazas una distinción entre el perspectivismo y el propio relativismo. ¿Cuál es el matiz en este caso?

KP: Es importante... se trata de una distinción sutil y, sin embargo, significativa. El perspectivismo —y aquí la terminología está inspirada en Gadamer— todavía permitiría creer en un horizonte compartido... un horizonte conmensurable... de significado, digamos... hacia el que estamos todos orientados, aunque desde distintas atalayas. De esta manera, el diálogo podría facilitar una “fusión de horizontes”, una comprensión.

CP: De acuerdo.

KP: Y el relativismo, en especial en sus versiones más radicales, sugiere que no hay necesariamente un horizonte compartido o un punto de referencia en común. Los puntos de vista o las perspectivas son inconmensurables. Por lo tanto, la comprensión entre subjetividades distintas se asemeja más bien a una negociación entre diferencias radicales, sin presuponer un mundo conmensurable de significados que de alguna manera les “subyace”. Al aplicar esto a la ética, la torna profundamente subjetiva, por supuesto.

CP: Dada toda esta complejidad filosófica, ¿cómo maneja la *práctica* efectiva de la historia estas consideraciones éticas? ¿Tu trabajo nos ofrece algún tipo de orientación práctica?

KP: Para ese asunto vuelvo a la comunidad profesional. Incluso en el marco de estos enfoques “posmodernos” a la historia que analizo, la evaluación concreta del trabajo histórico, incluidas sus dimensiones éticas, suele recaer en la propia comunidad de historiadores. Yo considero que ciertas interpretaciones pueden refutarse con éxito si contradicen los hechos; esto es especialmente

fácil en el caso de historias de un revisionismo extremo... aunque no sea posible hacer otro tanto en sentido inverso e intentar *demostrar* interpretaciones concretas a partir de los hechos.

CP: Se trata, entonces, de una especie de autorregulación.

KP: Hasta cierto punto, así es. Hay quien argumenta que las normas y prácticas establecidas dentro de la profesión histórica funcionan como una especie de control ético. Aunque cada historiador aporta inevitablemente sus propias perspectivas e ideologías, la comunidad, mediante mecanismos como la revisión por pares, los congresos o el debate continuo, suele rechazar las interpretaciones que considera que distorsionan gravemente los registros factuales o aquellas que promueven puntos de vista que son claramente contrarios a la ética; por ejemplo, la negación del Holocausto.

CP: Por lo tanto, no se trata tanto de una cuestión puramente filosófica como de una solución pragmática.

KP: Exacto. Tiende a ser un enfoque pragmático, más cercano a lo que propondría alguien como Rorty o incluso Habermas, a pesar de sus diferencias... un enfoque basado en la comunicación, en los estándares profesionales compartidos y en el rechazo de interpretaciones que simplemente no cumplen con las normas de demostración y argumentación vigentes en esa comunidad específica. Se plantea como una respuesta práctica, más que puramente teórica o ética, para gestionar las implicaciones de cualquier relativismo o perspectivismo.

CP: Muy bien, cambiemos un poco el enfoque. Tu trabajo retoma este concepto que tanto enfatizas, la parahistoria. En ocasiones también lo relacionas con la noción de “narrativas vernáculas” (*past talk*). ¿Qué constituye exactamente esa esfera? ¿Tiene que ver con operar fuera de la corriente académica dominante o en áreas periféricas? Quizá se podría pensar en debates que se están produciendo en muchos ámbitos en Chile... como en 2023 cuando se conmemoró el 50 aniversario del golpe militar.

KP: No, no se trata de geografía o de existir en la periferia

académica. Como sabes, yo vengo de Finlandia, que también es periférica en muchos sentidos. La parahistoria, o este ámbito más amplio de diversos tipos de “narrativas vernáculas”, abarca todas las maneras en que nos relacionamos con el pasado y lo representamos fuera de los límites de la escritura académica formal de la historia.

CP: Entonces, ¿se trata de todo lo demás?

KP: Básicamente sí. Historias de familia, conmemoraciones públicas, museos, memoriales, novelas y películas históricas, debates sobre la historia en redes sociales, usos políticos del pasado... todo eso.

CP: En un campo inmenso.

KP: Así es. El punto crucial es que este tipo de parahistoria satura nuestra cultura y nuestra manera de pensar. Ocupa una parte abrumadora de muchísimos debates actuales, como el de la conmemoración del aniversario del golpe militar en Chile que mencionabas hace un momento. Es fundamental en muchas discusiones actuales en Estados Unidos y Europa sobre estatuas y monumentos históricos, debates sobre reparaciones, etc. Todo eso es parahistoria en acción.

CP: Entonces, la historia académica constituye una corriente, mientras que la parahistoria es este vasto océano que abarca las demás maneras de relacionarse con el pasado.

KP: Es una buena imagen. Tradicionalmente, la historia académica o disciplinaria suele considerar que su función es tratar de... precisamente, disciplinar este campo más vasto.

CP: ¿De qué manera?

KP: Al criticar las imprecisiones que circulan en los medios populares de comunicación, al corregir mitos generalizados, al pugnar por establecer la “verdadera historia” con base en una investigación académica rigurosa... principalmente, al actuar como la autoridad definitiva... al reivindicar autoridad alegando un conocimiento más profundo de los datos concretos.

CP: Pero ¿esa dinámica está cambiando?

KP: Me parece que así es. Esa relación está evolucionando y se está volviendo más intrincada. El público, al igual que los demás actores que producen parahistoria, confían menos en que los historiadores académicos sean los únicos árbitros de la verdad histórica, y los propios historiadores se están haciendo más conscientes de todas las diferentes manifestaciones de la parahistoria y en ocasiones se relacionan activamente con ellas.

CP: Esto nos lleva de vuelta, casi como en un círculo, a la pregunta por el valor y la necesidad del historiador como tal. Si la investigación histórica prospera en muchas otras disciplinas, como la historia del arte, la historia de la filosofía, de la ciencia, de la física, de la medicina, etc., y si la parahistoria está tan omnipresente, ¿de verdad *necesitamos* una disciplina independiente llamada “historia”?

KP: Esa es en verdad la pregunta clave; confío que planteada como una provocación. La investigación histórica está presente por doquier. Cada perspectiva, cada disciplina, tiene un pasado, y muchos quieren estudiarlo; hay una necesidad de contar con su “historia”, incluso si no es algo que hagan los historiadores profesionales, o de la misma manera que ellos. Incluso *dentro* de los departamentos de historia es notable el grado de especialización. Un medievalista y alguien que estudia la cultura popular moderna emplean fuentes, métodos y metodologías radicalmente distintos. Por lo tanto, yo me pregunto si la historia en realidad constituye un campo unificado de estudio que comparte un único objetivo. Ape- lar, como suele hacerse, a la metodología —algo así como la “crítica de fuentes” y la “lectura detallada”, o “situar a los seres humanos en el tiempo”— simplemente no basta para unificar tal diversidad.

CP: ¿Y eso qué implica?

KP: Bueno, pareciera que la historia estudia... la “historia”, a diferencia de, por ejemplo, la psicología, la sociología o la economía, que no equiparan su disciplina con un objeto de estudio idéntico que se llame “psicología”, “sociología” o “economía”... Su objeto de estudio, en cierto modo, es la propia historia, lo que

quizá resulta un tanto peculiar. Y si su coherencia depende menos de ese objeto de estudio particular y más de sus métodos de investigación o de su justificación, entonces incluso la teoría y la filosofía de la historia podrían quizá considerarse como una mera rama de la filosofía de la ciencia. Comparto el escepticismo acerca de si la historia puede ser considerada una ciencia en primer lugar... Así que, quizás forzando un poco el argumento, se podría proponer pensar más bien en términos de “sub-historias” —estos distintos conjuntos de investigaciones especializadas— como una manera más precisa de describir cómo realmente tratamos con el pasado, en lugar de insistir en que se considere una disciplina unificada.

CP: Si carece de unidad científica y si sus métodos son utilizados en otros ámbitos, ¿cuál es su justificación definitiva como disciplina independiente? ¿Tu trabajo propone alguna?

KP: Menciono un par de opciones. Una de ellas, bastante cínica, es la función que comentábamos antes: la propaganda y la utilidad política, servir al Estado o ideologías concretas. Este es un motivo histórico obvio por el que ha perdurado, pero que resulta muy problemático.

CP: De acuerdo, ¿y hay algo menos cínico?

KP: Claro, más allá de eso he tratado de defender una noción de “anhelo histórico”, un anhelo fenomenológico del pasado. Creo que está en consonancia con el placer anticuario del que escribe Nietzsche: la curiosidad por el pasado, los relatos, los detalles, valorados únicamente por sí mismos. Quizá este sea un valor intrínseco menos dañino. Como dijo con humor Keith Jenkins...

CP: Ah, claro, que la historia da a los historiadores de qué comer [*keeps them off the streets*].

KP: Mmm. Es evidente que lo dice con ironía, pero quizá también insinuando la idea de que se trata de un impulso intelectual específico que tienen ciertas personas. Ese anhelo particular, según yo lo llamo...

CP: Entonces, en última instancia, asignar un valor único y definitivo a la historia es imposible.

KP: Al menos eso creo yo, con base en mi enfoque en estos temas. La historia cumple diversas funciones; las personas la observan desde distintas perspectivas y sus definiciones, al igual que su utilidad, son objeto de mucho debate.

CP: Kalle, esta discusión ha sido riquísima y, en ocasiones, muy exigente en términos conceptuales... me parece que refleja las complejidades inherentes a tu obra. Comenzamos explorando la naturaleza y el valor de la historia, y pareciera que acabamos con más preguntas que respuestas.

KP: Es una buena señal, ¿no? Se trata de un tema complejo, y el propósito en realidad no es dar con respuestas sencillas... sino tal vez apreciar todos los ángulos de la cuestión. Entender los diferentes problemas, como los retos que plantea el valor de la historia, la tensión entre interpretación y hecho, la articulación entre historia académica y una parahistoria más abarcadora... con suerte ello nos ayudará a encontrar nuevas maneras de sortear los debates contemporáneos y tal vez de reflexionar sobre nuestra propia relación con el pasado.

CP: Así es. ¿Cómo se relaciona cada uno en lo personal? ¿Cuál de los modos que identifica Nietzsche es el que predomina? Si consideramos estas distintas facetas —utilidad, bagaje histórico, convenciones profesionales, elección y responsabilidad individuales—, ¿cuál sería la razón más importante para interesarse hoy en día por la historia?, ¿su aplicación pragmática?, ¿una comprensión humanística más profunda?

KP: Sí, resolver esta cuestión del valor... de verdad es difícil. Pienso que tal vez la broma de Jenkins acerca de que los historiadores se mantengan ocupados en algo productivo y “hagan algo que les dé de comer” sugiere algo práctico, ¿no crees? La manera en que la disciplina simplemente... da a las personas un propósito, algo en qué canalizar su energía... Y sin embargo, junto con eso, o quizá mezclado con eso, seguramente se encuentra esta otra dimensión... este impulso persistente, el anhelo, al menos para algunas personas, de tal vez lidiar con el pasado, de buscar cone-

xiones, de intentar dar forma a la narrativa y construir significado para sus propios fines, por frágil o incompleto que esto pueda resultar. Queda abierta la pregunta sobre cuál valor tenga esa mezcla, lo cual supongo que varía en función de cada persona. Al menos para nuestra práctica. Pero en teoría la cuestión de extraer significado del pasado es una *problemática* persistente, un tema de investigación, y es el motivo por el cual seguimos manteniendo estas conversaciones. Y ciertamente nos da algo en qué pensar. ☞

BIBLIOGRAFÍA

- Nietzsche, Friedrich. *On the Advantage and Disadvantage of History for Life*, trad. e introd. Peter Preuss (Hackett Publishing Company, 1980 [1874]).
- Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, trad. Dionisio Garzón, EDAF, 2000.
- Norton, Claire and Mark Donnelly, *Liberating Histories* (Routledge, 2018).
- Pihlainen, Kalle. *Historia fallida* (Palinodia, 2023).
- Pihlainen, Kalle. *La obra de la historia. Constructivismo y política del pasado*, trad. Rodrigo Zamorano Muñoz (Palinodia, 2019).
- Pihlainen, Kalle. *Parahistory and the Popular Past: Acts of Historical Production* (Routledge, forthcoming 2026).
- Pihlainen, Kalle. *The Work of History: Constructivism and a Politics of the Past* (Routledge, 2017).
- White, Hayden. *El pasado práctico* (Prometeo, 2018).
- White, Hayden. *The Practical Past* (Northwestern UP, 2014).